

POR AMOR DE CRISTO

Al dirigirme a la puerta para ver quién golpeaba me encontré con un vagabundo. Como nunca había simpatizado con esa clase de gente, nunca la traté con amabilidad. Pedía naturalmente de comer, y le contesté que iba a traerle algo, pero no lo invité a pasar. Al entrar para traerle alguna cosa, pensé para mis adentros: «Voy a darle del budín que no está ya muy fresco y un pedazo de pan de ayer; fue una suerte que no se lo di a las gallinas como había pensado hacerlo». Entonces me vinieron a la mente las siguientes palabras de la Biblia: "A Jehová presta el que da al pobre, y él le dará su paga". En un instante comprendí la bajeza de la acción que iba a realizar. Recordé entonces la larga lista de actos semejantes que había practicado y que los ángeles ciertamente habían anotado en los libros del cielo. El Señor "pagará a cada uno conforme a sus obras". ¡Oh, qué tesoro estaba amontonando yo en el cielo! Este pensamiento me impresionó de tal manera que comencé a temblar, hasta quedar de pie con dificultad. Volviendo a la puerta, invité al extraño a entrar y a calentarse junto a la estufa de la sala, porque hacía frío. Observé, entonces, que sus zapatos estaban rotos y que su sobretodo daba muestras de mucho uso. Llamando a mi marido le dije:

-Juan, si tienes aquí un par de medias y un par de zapatos que ya no uses y que tal vez puedan servirle, te ruego que se los des.

-Pero, Amanda, ¿qué es eso? -contestó mi marido- Pensaba que aborrecías a los vagabundos, y ahora...

-Hazme este favor, Juan, hazlo por amor a mí.

Entre tanto yo había servido un plato de excelente sopa y lo puse en la mesa juntamente con otras cosas que teníamos en casa, y lo invité a cenar. El, sin embargo, me contestó:

-Señora, no acostumbro sentarme junto a una mesa tan limpia como ésta, y le ruego que me permita lavarme primero. Habiéndose lavado y alisado el enmarañado cabello, se sentó a la mesa para comer lo que le había preparado. Observé, entonces, que una lágrima se deslizaba por su cara y tuve que darme vuelta para ocultar las mías.

Al terminar de comer, me agradeció profundamente, y se iba a despedir, cuando se presentó mi esposo y le dijo:

-Tengo aquí un sobretodo que deseo que lleve porque hace frío y puede necesitarlo. Después de haber agradecido una vez más, preguntó conmovido.

-¿Por qué tratan así a un vagabundo?

A lo que respondí:

-Es por amor de Cristo.

Entonces continuó y dijo:

-Uds. son los primeros cristianos que he encontrado desde que falleció mi esposa. Ella era un ángel, y ¡cuánto orgullo tenía yo de mis dos hijitos! También mi madre era una mujer cristiana, que nunca dejó de orar por su hijo. Cuando ella falleció me entregué a la bebida, y Uds. pueden imaginarse el resto. Mi mujer murió de pesar y mis dos hijos me fueron quitados. Me convertí entonces en el vagabundo que Uds. ven y comencé a odiar a los que asistían a las iglesias, porque no me trataban mejor que los otros. Hoy, sin embargo, estoy convencido de que hay todavía verdaderos cristianos en el mundo, y, oh, ¡cuánto quisiera yo también ser cristiano! Por ventura, ¿podría yo, que soy tan gran pecador, ser perdonado?"

-Sí -exclamé-, Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores.

-¡Entonces vino para salvarme a mí! -respondió el extraño-, Y por la gracia de Dios voy a comenzar una vida nueva.

Antes de que se fuera oramos juntos, y puedo decir que nunca en mi vida sentí una paz tan profunda como desde aquel momento.-A. L. de R.